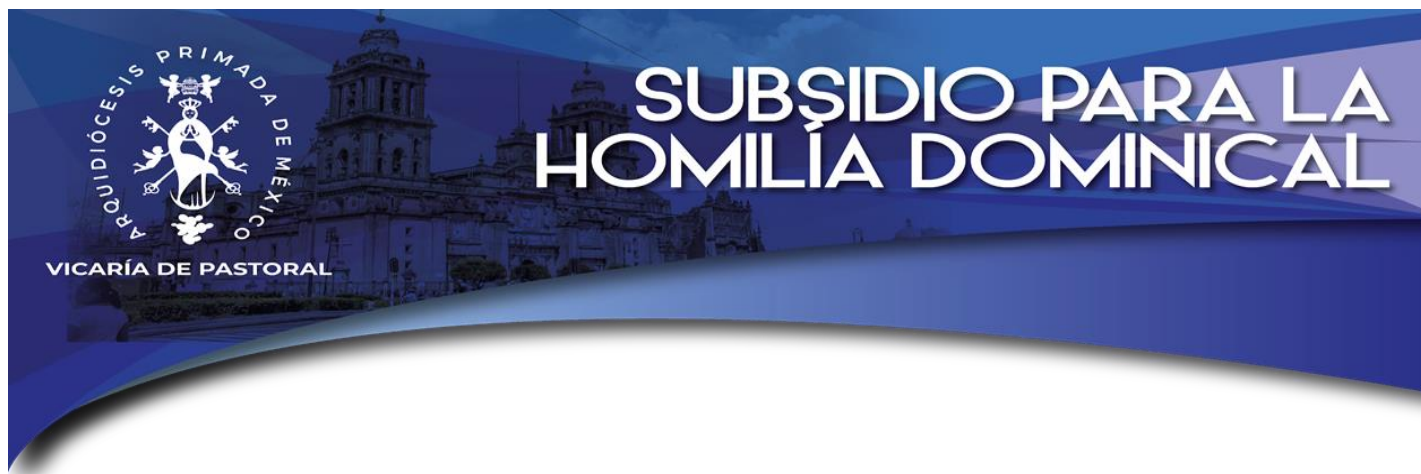


11 de agosto de 2024
19° Domingo del Tiempo Ordinario Ciclo B



LECTURAS

1 Reyes 19, 4-8: Elías caminó por el desierto una jornada de camino, y fue a sentarse bajo una retama. Se deseó la muerte y dijo: "¡Basta ya, Yahveh, toma mi vida, porque no soy mejor que mis padres!" Se acostó y se durmió bajo una retama, pero un ángel le tocó y le dijo: "Levántate y come." Miró y vio a su cabecera una torta cocida sobre piedras calientes y un jarro de agua. Comió y bebió y se volvió a acostar. Volvió segunda vez el ángel de Yahveh, le tocó y le dijo: "Levántate y come, porque el camino es demasiado largo para ti." Se levantó, comió y bebió, y con la fuerza de aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches.

Sal 33, 2-3. 4-5. 6-7. 8-9: Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca. Mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren. Proclamad conmigo la grandeza del Señor, ensalcemos juntos su nombre. Yo consulté al Señor y me respondió, me libró de todas mis ansias. Contempladlo y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se avergonzará. Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha y lo salva de sus angustias. El ángel del Señor acampa, en torno a sus fieles y los protege. Gustad y ved qué bueno es el Señor; dichoso el que se acoge a él.

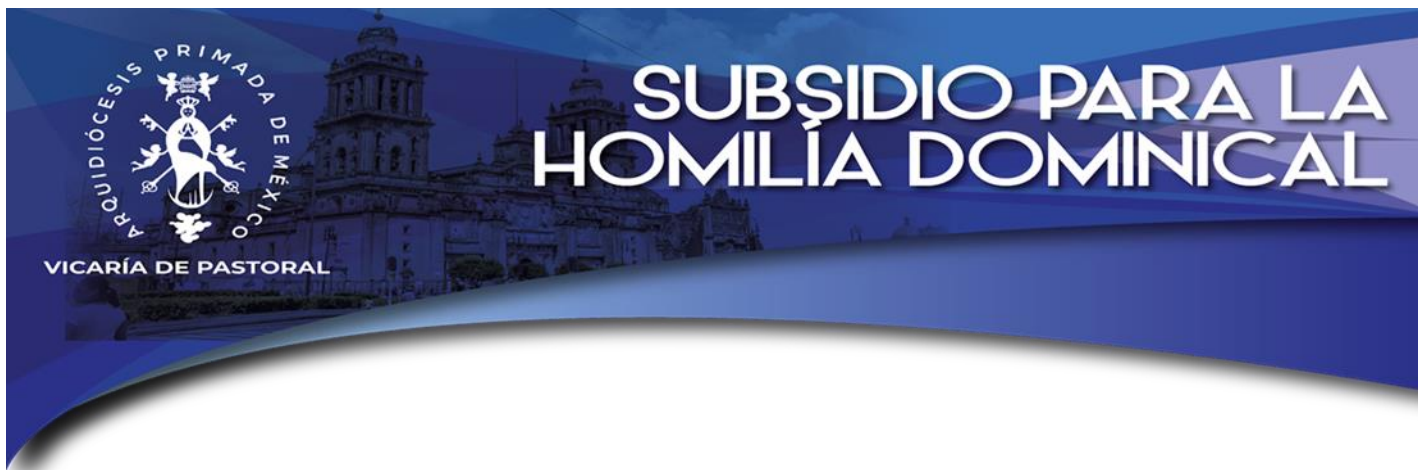
Efesios. 4, 30- 5, 2: No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el que fuisteis sellados para el día de la redención. Toda dureza, ira, cólera, gritos, maledicencia y cualquier clase de maldad, desaparezca de entre vosotros. Sed más bien buenos entre vosotros, entrañables, perdonándoos mutuamente como os perdonó Dios en Cristo. Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma.

Juan 6, 41-51: Los judíos murmuraban de él, porque había dicho: "Yo soy el pan que ha bajado del cielo." Y decían: "¿No es este Jesús, hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo puede decir ahora: ¿He bajado del cielo?" Jesús respondió: "No murmuréis entre vosotros. Nadie puede venir a mí si el Padre que me ha enviado no lo

atrae; y yo lo resucitaré el último día. Está escrito en los profetas: Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre; sino aquel que ha venido de Dios, ése ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná del desierto y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que quien lo coma no muera. Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo."



VICARÍA DE PASTORAL
DIMENSIÓN DE BIBLIA Y
EXTENSIÓN FORMATIVA



LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

COMER EL PAN DEL CIELO PARA NO CONTRISTAR AL ESPÍRITU

Con mucha frecuencia escucho decir a personas de buena voluntad, fieles cumplidores de sus deberes cristianos, que son "consentidos" de Dios porque les ha dado una buena posición económica, salud, una imagen respetable, hijos prósperos e inteligentes, etc. Yo me pregunto si la posesión de cualquier bien ya sea material o espiritual, es signo inequívoco del beneplácito divino causado por las "buenas obras".

Y me lo pregunto porque también conozco seres humanos maravillosos que han entregado su vida en servicio de amor a los demás y que padecen estrecheces económicas, enfermedades crónicas que les desgastan lenta y dolorosamente, que han sufrido engaños y traiciones de sus seres más queridos y no me atrevo –es más, me niego terminantemente- a pensar que sus carencias y sufrimientos sean signos del disgusto y desaprobación de Dios a sus vidas.

Sin duda, el deseo más puro del creyente es el de complacer a Dios: agradarle, tenerlo contento. Sin embargo, caben dos preguntas ante este deseo: ¿es posible complacer a Dios? Y de ser posible, ¿cómo se logra esto?

Respecto a la primera pregunta, esta solo tiene cabida si partimos de una imagen de Dios que brota de la revelación bíblica, en la que Dios sufre, se entrega, lucha al lado de los hombres, ama, se encela, ruega al hombre y...es capaz de alegrarse. Desde la imagen griega de la divinidad esto es imposible pues Dios es una especie de esfera perfecta a la que nada le hace falta y por lo tanto no puede apasionarse ni procurársele alegría.

Pero, dado que nuestra fe es –o debería ser- bíblica y no un producto de la filosofía griega, debemos y podemos afirmar que a Dios es posible alegrarle, que el hombre es capaz de provocar gozo en el corazón del Eterno, pero también es capaz de provocarle dolor, pena y tristeza.

Dicho lo anterior, surge el interrogante sobre el cómo alegrar –o entristecer- a Dios. Para ello acudamos a la fuente inerrante que es la Sagrada Escritura:

En la primera lectura, del primer libro de los Reyes, el profeta Elías se siente cansado del permanente fracaso del pueblo ante las exigencias que la alianza con Yahvé le impone y, desesperado, quiere que su vida termine. Él está siendo perseguido por la reina pagana Jezabel que quiere tomar venganza por el asesinato de sus profetas a manos de Elías en aquel épico pasaje del Monte Carmelo (1 Re 18,1-40). Tiene miedo y se identifica con el pueblo fracasado "no soy mejor que mis padres". Sin embargo, Dios no sabe abandonar a los suyos y les alimenta para que continúen caminando. El fracaso es siempre relativo, nuestros pobres y medrosos esfuerzos no son la medida con la que Dios nos juzga.

Dios mismo alimenta a sus profetas con su pan y su agua –que son prefiguraciones del Pan y el Agua definitivos que saciarán para siempre el hambre y la sed de los eternos caminantes-. El pasaje que continúa al que analizamos nos narra que Elías se refugia en una cueva y es allí en donde Dios le revela la causa de su miedo y su fracaso: Yahvé no está en el fuego con el que Elías consumió al novillo rociado con agua, tampoco está en la violencia con la que destruyó a los opositores de Dios, ni tampoco en el viento huracanado que descuaja los montes. Él está en la suave brisa que acaricia el rostro acalorado de los caminantes del desierto, él está en la cotidianidad de un pan cocido sobre piedras calientes.

Si me permite Usted, amable lector, me atreveré a intercalar una interpretación personal y cristológica sobre este dato: si el pan en el Nuevo Testamento simboliza a Cristo/Eucaristía, y la piedra es símbolo de la Torá o de la Ley, entonces lo que Dios oferta a Eliseo (símbolo del nuevo pueblo de Dios, todo él profético) como alimento o viático para el camino, es a Jesús mismo que ha sido anunciado, preparado y anticipado por la economía del plan de salvación en el Antiguo Testamento, que lleva en sus entrañas el fuego del Espíritu que hace parir a Cristo en la historia.

¿Qué cosa más cotidiana que el pan y el vino eucarístico? ¿Existe acaso algo más cercano que ese pedazo de pan y ese sorbo de vino que es puesto al alcance de nuestra boca? Y, sin embargo, es el eternamente incognoscible, el inaccesible a las solas capacidades humanas, el totalmente Otro, el tres veces Santo, quien yace suavemente en la palma de nuestras manos y es sorbido por nuestros labios agostados por la sed de infinito.

Pablo, en su carta a los Efesios, conmina a los cristianos a no entristecer al Espíritu Santo con el que han sido marcados como propiedad de Dios. Lo que entristece al Espíritu es la maledicencia (hablar mal, difamar a los hermanos), la aspereza en el trato, la ira, los gritos. Es un elenco de actitudes que parece tomado de cualquier comunidad actual ¿no les parece? Hablamos mal unos de otros y con la misma boca con la que alabamos al Señor sobajamos al hermano. Tratamos con aspereza, nos encolerizamos y levantamos la voz a los hermanos cuando se equivocan o se atreven a expresar puntos de vista distintos a los nuestros o, según nuestros criterios, dicen tonterías.

Así, las actitudes que alegran a Dios pueden deducirse fácilmente buscando los opuestos: Dios se alegra cuando hablamos bien y con tono deferente (ponderamos las cualidades de las personas y les hacemos sentir importantes). Cuando tratamos con suavidad y somos amables con los hermanos. ¿Fácil no? El Evangelio no guarda sus secretos a los sencillos y humildes de corazón, no es una doctrina esotérica reservada a unos cuantos "iniciados". El Evangelio se vive, y la fe se verifica, en el cada día del contacto con los hermanos.

Pero ¿es posible vivir esto? Así como el cuerpo humano crece y puede realizar todas sus funciones (incluyendo las del orden psicológico y espiritual) si es alimentado adecuadamente, el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, no puede asumir la vida sobrenatural del Evangelio sin el alimento pertinente que es Cristo mismo.

En el evangelio de Juan, Jesús se presenta como el pan bajado del cielo que da la vida definitiva. Bien sabemos por fe que, a nivel sacramental, Cristo se nos da en el pan y el vino eucaristizados y que su presencia en las especies consagradas es real, verdadera y sustancial. Pero no basta con abrir la boca, masticar y beber, eso no es comunión hasta que se convierte en expresión de una fe concretizada en acciones específicas que responden a la Palabra de Jesús.

Pero, al mismo tiempo, manducar y beber el Cuerpo y sangre de Cristo creyendo firmemente es alimentarse con la fuerza misma de Dios, es permitir ser asimilados por el Padre, el Hijo y el Espíritu y sumarse al torrente de vida intradivina. Creer en el Pan bajado del Cielo significa pues, por una parte, asumir los valores, criterios y opciones de Jesús como eje conductual, y al mismo tiempo, significa celebrar con los hermanos la fiesta de la vida que se nos oferta en la Eucaristía. Solo así alegraremos al Espíritu que procede del Padre y del Hijo.



VICARÍA DE PASTORAL

SUBSIDIO PARA LA HOMILÍA DOMINICAL



SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

1. En ocasiones, como Elías, ante los embates de la vida nos desesperamos y agotamos. Sin embargo, Dios siempre está a nuestro lado para darnos el pan y el agua que necesitamos para seguir adelante. ¿Qué puedes hacer para hacerte consciente de su presencia en esos momentos duros de la vida? ¡Búscalo en la Eucaristía y en la oración!
2. «Cuando acudí al Señor, me hizo caso y me libró de todos mis temores». Haz un momento de oración con esta frase del Salmo 33. Deja que el Señor se haga presente y dile cuanto agradeces que te haya liberado de tus temores.
3. San Pablo afirma que somos capaces de alegrar o entristecer a Dios. ¿Qué harás en esta semana para alegrar el corazón del Señor y qué cambiarás para no entristecerlo?
4. Comer el pan que ha bajado del cielo (Cristo) no es solamente comulgar en la Eucaristía, significa también hacer nuestra la manera de vivir de Jesús, asumir como propios sus principios y valores. Elige de entre todas las enseñanzas de Jesús (compasión, solidaridad con los que nada tienen, perdón, etc.) una sola y ponla en práctica esta semana. El próximo domingo, en la Eucaristía, pon ante el Señor esa obra de amor y ofrécela por las intenciones de alguien que sufra.



VICARÍA DE PASTORAL
DIMENSIÓN DE BIBLIA Y
EXTENSIÓN FORMATIVA



VICARÍA DE PASTORAL

SUBSIDIO PARA LA HOMILÍA DOMINICAL

CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA

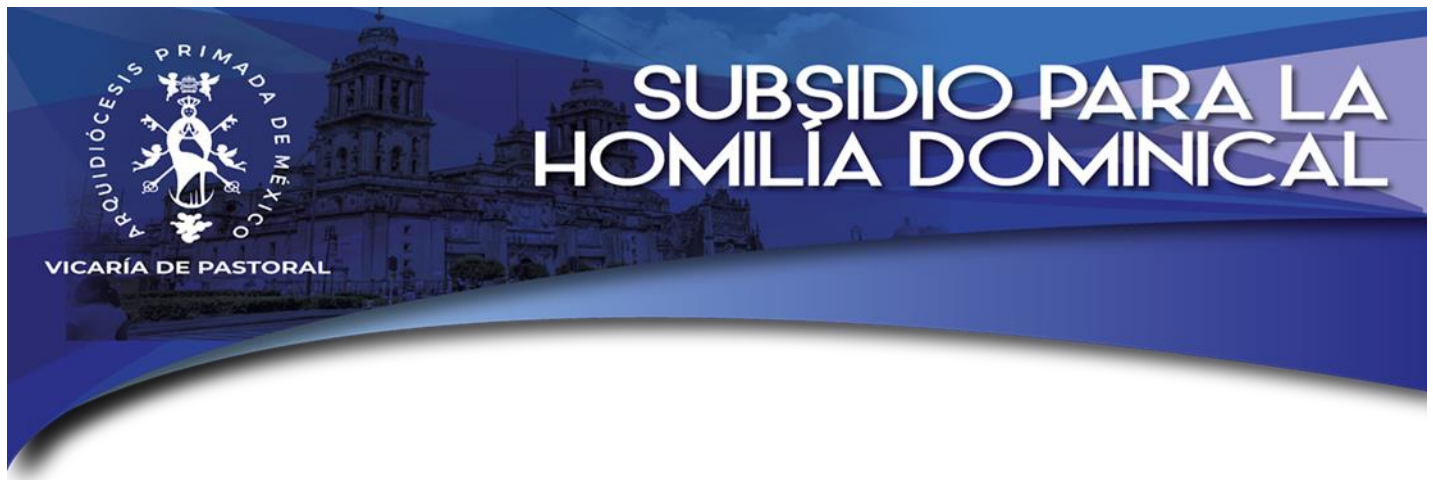


Te invitamos a orar con este bello canto:

<https://youtu.be/AHddER0VSeE>



VICARÍA DE PASTORAL
DIMENSIÓN DE BIBLIA Y
EXTENSIÓN FORMATIVA



LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



Diversas interpretaciones de los Padres de la Iglesia sobre Jn 6, 41-51

<https://bit.ly/3fi1uD7>



ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE ADULTOS Y FAMILIA

San Pablo, en su carta a los Efesios, nos invita a no entristecer al Espíritu Santo con actitudes negativas. ¿Y qué es lo que entristece al Espíritu? La maledicencia, la ira, el trato áspero y los gritos. Actitudes que, lamentablemente, vemos a diario en nuestras comunidades y en el mundo. ¿No es cierto que muchas veces hablamos mal unos de otros? Con la misma boca que alabamos a Dios, criticamos a nuestros hermanos. Tratamos con dureza, nos encolerizamos y levantamos la voz cuando alguien se equivoca o expresa una opinión diferente a la nuestra.

Entonces, ¿qué es lo que alegra a Dios? Es fácil deducirlo buscando lo opuesto: hablar bien y con respeto, destacar las cualidades de los demás y hacerles sentir importantes, tratar con amabilidad y suavidad. El Evangelio nos enseña que no es necesario ser eruditos para entender estos principios; basta con tener un corazón sencillo y humilde.

La fe se vive en el día a día, en el contacto con nuestros hermanos. Así como el cuerpo humano necesita alimento para crecer y funcionar adecuadamente, el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, necesita de Cristo mismo para vivir plenamente el Evangelio. Alimentados por su amor, podemos reflejar su luz en nuestras acciones diarias. ¿Acaso hay algo más hermoso y maravilloso que la Eucaristía?

Querido adulto mayor, aprende a valorar las pequeñas muestras de amor divino en tu vida. Cada día que abres los ojos y respiras, es un regalo de Dios. Cada encuentro, cada sonrisa, cada gesto amable, es el alimento que él nos da para seguir viviendo conforme a su palabra. Vive con gratitud y humildad, y así, derrotarás cualquier adversidad que se cruce en tu camino.

A veces, como Elías, ante los embates de la vida nos desesperamos y agotamos. Sentimos que nuestras fuerzas nos abandonan y que el camino se torna cada vez más difícil. Sin embargo, nosotros los padres y madres de familia debemos tener en mente que Dios siempre está a nuestro lado, listo para darnos el pan y el agua que necesitamos para

seguir adelante. Su amor es inagotable y su presencia constante, aunque a veces no lo percibamos.

¿Cómo hacer que nuestra familia sea consciente de la presencia de Dios en esos momentos duros de la vida? La respuesta está en la Eucaristía y en la oración. En esos momentos de comunión con Dios, encontramos el sustento espiritual que nos fortalece y renueva. Busquemos al Señor en la Eucaristía, en el sacramento donde Su amor se hace tangible. Allí, en el silencio y la paz del altar, sentiremos su abrazo y escucharemos su voz diciéndonos: "No temas, yo estoy contigo".

«Cuando acudí al Señor, me hizo caso y me libró de todos mis temores». Esta frase del Salmo 33 es una poderosa invitación a la oración. La vida en familia cambia radicalmente cuando oramos juntos. Los invitamos a tomar un momento para reflexionar en estas palabras. Permitamos que el Señor se haga presente en el corazón. Debemos agradecer cada bendición, cada pequeña muestra de su amor y sobre todo hay que decirle cuánto valoramos que nos haya liberado de nuestros temores.

San Pablo nos recuerda que somos capaces de alegrar o entristecer a Dios con nuestras acciones y actitudes. Individualmente los invitamos a pensar en una respuesta: ¿Qué harás esta semana para alegrar el corazón del Señor? Piensa en las pequeñas acciones que puedes realizar para demostrar Su amor a los demás: una palabra amable, un gesto de solidaridad, una oración por quien lo necesita. Estas acciones, aunque sencillas, alegran el corazón de Dios y reflejan su amor en el mundo.

Y también reflexionemos sobre lo que necesitamos cambiar para no entristecerlo. Tal vez sea necesario abandonar ciertos hábitos o actitudes que no están en sintonía con su voluntad. Habrá que examinar corazón con humildad y decidir hacer esos cambios que nos acercarán más a Cristo.

Dios nos ofrece su amor y su gracia. Como padres y madres cristianos es nuestra responsabilidad educar a los hijos en la fe. Así que hay que buscar la presencia de Cristo en la Eucaristía y en la oración, y dejar que su amor transforme la vida. Así, seremos testimonio de su amor y ejemplo de las enseñanzas de Cristo para todos los que nos rodean.